

Universidad Popular de Zaragoza

publicación
de las obras del

3^{er} concurso de
relatos breves

“lo bueno
si breve...”

2008



3º Concurso de Relatos Breves
“Lo bueno si *breve*”

Universidad Popular de Zaragoza
2008

Coordinación: Gerardo Alonso
Maquetación: Nieves Martínez-Losa
Diseño cubierta: Carlos Ladrero
Edita: Universidad Popular de Zaragoza
Depósito Legal: Z-2095-2008
Imprime: A+D Arte Digital

A lo largo de los casi 25 años de existencia han sido muchos los zaragozanos y zaragozanas que se han acercado a la Universidad y han disfrutado de sus diversas actividades.

El disfrute a través del aprendizaje o el aprendizaje a través del disfrute ha sido y sigue siendo uno de los objetivos de la Universidad Popular, objetivo que bien pudiéramos sintetizar en la frase “Pasión por aprender”.

Posiblemente lo más conocido de la Universidad Popular por su dimensión cuantitativa sea la formación, a través de los diferentes cursos y talleres que se realizan. Pero hay más, mucho más....Hay todo un espíritu colectivo que centrado en los intereses, la participación.... nos conduce al aprendizaje. También hacia el aprendizaje creativo, donde los ciudadanos y ciudadanas sin distinción pueden además de aprender, mostrar lo aprendido a través de creaciones culturales.

El concurso de “Relatos Breves” es una muestra del proceso de producción cultural de Universidad Popular.

Este año, su tercera edición, se han presentado 53 relatos de los cuales el jurado ha seleccionado 20 para su publicación. Quiero dar la enhorabuena a todas y a todos los participantes de Universidad Popular inmersos en esta aventura que es aprender y en especial a los participantes de este concurso de relatos breves que nos dan muestra de esta aventura.

Pilar Alcober Lamana

Consejera de Cultura y Educación

Vicepresidenta

del Patronato Municipal de Educación y Bibliotecas

OBRAS

EL DURO DE PLATA _____ 1^{er} PREMIO

LA CAJA X-07 _____ 2^o PREMIO

EL SILENCIO _____ ACCÉSIT

ORQUÍDEAS

EVOCANDO A FLORA

CRÓNICA DE UN ALBUR

A MI COJITA @HOTMAIL.COM

EL CHINO

LA NOCHE

LAS OBSESIONES DE MARCELO

EN TINTA AZUL IMPRESA

LA ESTIMULANTE ALTERNATIVA A LA DESCONSIDERADA SULFAMIDA

LA MÁSCARA

DUDAS

AÚN EN UN SUEÑO

A ORILLAS DEL HUERVA

EL DURO DE PLATA

Las alpargatas de Pilar iban sorteando los boñigos que, aquella mañana, habían dejado los mulos y los burros por el empedrado. Acarreaba un gran cántaro de agua. Estaba cansada, pero se sentía feliz. Hoy era primer día de carnaval. Las mujeres en el lavadero comentaban ilusionadas qué disfraz se pondrían aquella noche.

En la puerta de su humilde casa de adobe dos embarrados niños jugaban a las tabas.

-¡Joaquín, Antonia! ¡Entrad a casa! ¡Lavaos las manos! Vuestro padre llegará de un momento a otro.

Los niños se asearon en un pequeño barreño y se sentaron a la mesa. Su padre entró en la casa sacudiéndose las albarcas metódica y puntualmente. Después de un breve saludo, la familia se dispuso a dar cuenta de las migas. Durante la comida Pilar abordó el tema principal del día.

-Marido..., esta noche he pensado que te podrías disfrazar de buhonero. Yo seguramente podré apañármelas para ir de bruja.

Antonio la miró de soslayo. Con desprecio y dándole un cachete en la cabeza, le espetó:

-Bruja te tendrías que volver para que yo te dejara salir esta noche de casa, pindonga. Encima no sabes aún si estás preñada y te quieres ir a bailar. ¡Ja! No hay más que hablar. Me voy a jugar la partida. Tú, recoge todo esto.

Mientras él salía se quedó sentada. Le temblaba levemente el labio inferior mientras taladraba con su mirada la silla vacía. “Este pedazo de animal no me va a hacer llorar. Eso nunca más”.

A las seis de la tarde, Antonio volvió a casa, se puso el disfraz que previamente había preparado su mujer y, sin mediar palabra, se marchó. Realizó su particular “vía crucis”, de taberna en taberna, hasta que se sintió achispado. Se acercó a la plaza principal. Una gran hoguera se contorneaba en el centro. La banda entonaba una canción de moda, mientras los disfrazados bailaban exageradamente. Su vista se fijó en una gitana. Sus movimientos, lentos y provocadores, dejaban entrever sus firmes y bien torneadas piernas. Sintió una punzada de excitación. Se acercó a ella. Bailaron restregando sus cuerpos. Joaquín la cogió de la mano, sin importarle las habladorías, y la llevó a las afueras del pueblo. Hicieron el amor salvajemente. Joaquín no había experimentado sensaciones como aquellas en toda su vida. Cuando terminaron, la gitana puso la mano para que le pagara. Le dio un duro de plata y se marchó ufano a la plaza a jactarse de su proeza.

Se metió en la cama sin preocuparse del bulto de al lado y se durmió. A la mañana siguiente se despertó con los rayos del sol calentándole la cara. Abrió los ojos y recordó la noche. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Volvió lentamente su sonriente cabeza hacia el reloj y lo que vio lo dejó sin aire en los pulmones. Desde su mesilla lo miraba burlonamente Alfonso XII desde un solitario duro de plata.

ANA CRISTINA AGUSTÍN PALLARÉS

1^{er} Premio

LA CAJA X-07

Eran las ocho de la mañana y, como todos los días, comienzan a llegar los científicos. Se colocan sus batas blancas, guantes y mascarillas; los químicos y los auxiliares están listos, la jornada será dura.

Desde mi probeta de muestra en la que llevo marcado [A-36], veo otras probetas con otras etiquetas: [T-20] y [X-07]. Me preguntan cómo estoy y se presentan. En ese momento les respondo: “Yo muy bien, soy la [A-36]. Los químicos están ultimando mi composición y ya casi me encuentro lista para salir hacia Etiopía, voy a combatir la Malaria, seré una innovadora vacuna que curaré a miles de niños; un importante empresario informático ha donado millones para poder investigar y que yo haya podido existir”. La [T-20] me responde: “Yo estoy muy nerviosa pues me han dicho que curaré el SIDA, no puedo creerlo; un grupo de jóvenes científicos trabajando desinteresadamente ha hecho posible mi creación”.

La [X-07] no sabe que respondernos, no sabe quién es. De pronto llega un auxiliar de laboratorio, la pesa, la envasa, la pone en una caja y le coloca una etiqueta. Ella la lee y lanza un terrible grito, está horrorizada y perpleja:

<<CAJA [X-07]

Contenido: Inyección Letal

Destino: Corredor de la Muerte>>

MAR ARTIGAS BAILO

2º PREMIO

EL SILENCIO

El silencio se extendía por todo el entorno. Nadie durante la noche habitaba sus caminos. La madrugada llegaba sin sobresaltos, como tantos días en aquel pequeño país. Nada perturbaba el diario quehacer de sus gentes. Poco a poco iban llegando sus habitantes en calladas procesiones, tomando los lugares habituales para realizar las diarias tareas encomendadas a cada uno de los convecinos.

Los mayores del lugar observaban que algo no iba bien. Tenían el sustento garantizado, habían conseguido que todos sus habitantes mantuvieran unida convivencia y tenían construidas cabañas para todos. Se afanaban porque nadie careciera de nada, pero llegado el último turno del diario y monótono trabajo, todos, absolutamente todos, se recogían en silencio hacia sus casas, sin gritos ni algarabías, sin apenas detenerse a saludarse, mecánicamente. El silencio y la indiferencia parecía haberse apoderado de todos ellos.

El orden, la productividad y el conformismo, hacía que de aquellas gentes emanara un claro sentimiento de tristeza.

No podía seguir esto así. Uno de los elegibles había viajado a otros lugares, para conocer la diferencia entre sus habitantes. Observó ruidos, movimientos convulsivos de gentes que adornaban con sus gritos sus palabras, vendedores que gesticulaban sus ofertas, risas y llantos escenificados en cualesquiera lugares...

Reunida la junta decidieron convocar un concurso, para llevar alegría y vida a sus pobladores. Así por todo el reino y lugares concurrentes extendieron pergaminos invitando a todos aquellos que aportaran una solución y que todos pudieran de nuevo ser felices y volver a sonreír.

Llegaron de todas partes. En unos meses la ciudad se llenó de personajes variopintos y extraños. Apareció un **vendedor de historias**, un **catalizador de pensamientos**, **mezclador de ripios**, **conocedor de sentimientos**, el **descubridor de caracteres**, un **platicador de charlas**, **almacenista de sueños**, **espantador de tristezas**, **alquimistas de ilusiones**, **convertidor de ideas**, **revelador de deseos**, un **pensador de profundidades** además de **magos chamanes** y **charlatanes**.

Todo resulto inútil, apenas nada había cambiado. Como un efímero espectáculo que después desaparece, el silencio y la calma se apoderaron de nuevo del lugar.

Pasaban los días y por fin apareció caminando un hombrecillo. Tenía el cabello blanco largo y desordenado. Ocultaba la parte inferior de su cara con una arreglada barba blanca. Posiblemente escondiendo en ella una timidez que le hacía llevar su mirada al suelo.

--Yo quiero concursar. Dijo en un susurro.

--¿Y que sabe hacer? ¿Qué desea aportar?

--Soy poeta.

--¿Y que trae aquí?

--El verso más hermoso. Algo que cambiará su mundo. Dos palabras que repetidas de verdad y con el corazón... aportarán felicidad eterna.

--!! **TE QUIERO**!! ... Y todo cambió.

JOSÉ LUIS BESCÓS GUILLÉN

ACCÉSIT

ORQUÍDEAS

Clara se viste deprisa. Busca su pañuelo pirata, el estampado en rojo, una camiseta también roja, “tejanos” y botines negros. Se maquilla con esmero resaltando sus labios carnosos con un bonito tono cereza.

-Mamá, me voy a la “quimio”, ven a buscarme sobre la una.

Una chica juvenil y desenfadada por fuera, pero por dentro luchando para no ahogarse en ese pozo negro del inesperado diagnóstico a sus treinta y dos años.

Cuando entra en su box, sobre la mesilla blanca, le espera una hermosa orquídea, sin remitente. Le extraña pues todavía no tiene amigos en esta ciudad. Se mudó con su madre hace tres meses para seguir un nuevo tratamiento. Es hija única y su padre ya no vive

Le pregunta a Maite la enfermera si sabe algo

-No, ni idea, la trajeron esta mañana a recepción para ti.

Durante la “quimio” se abstrae contemplando lo delicada y exquisita que es. Al acabar, se la lleva con ilusión. Sabe que es frágil y tendrá que mimarla como a ella misma.

En las dos sesiones siguientes siempre una nueva. Por fin la cuarta si que lleva tarjeta: “Hola Clara: ¿Te gustan las orquídeas? Estamos en el mismo barco. Me gustaría verte fuera del hospital. Si te apetece me llamas, mi móvil es 65078123, Miguel”

No recuerda a nadie en especial. Bueno, como no sea el chico joven de la gorra de béisbol, pendiente de la sala de hematología...

No se fijó mucho en él, no es su tipo, y sólo han intercambiado un saludo cortés al entrar y al salir. Después de pensarlo durante varios días lo llama, aunque sólo sea para agradecerle las orquídeas.

Al entrar en la cafetería donde han quedado, lo reconoce enseguida aunque no lleva gorra, y su cabeza está como una bola de billar. Algo muy fuerte se le remueve por dentro.

Sin poder evitarlo todo se precipita. No tienen tiempo que perder. Durante seis meses, cuando se lo permite el cuerpo, son la pareja más loca. Se compran una moto, se escapan a la playa, a la montaña. Se hacen tatuajes en las partes de su piel todavía no traumatizada por los pinchazos y se hacen felices hasta la extenuación. Pero la macabra ruleta cantó el número de Miguel

Al cabo de un mes recibe una citación del notario. Miguel le deja su negocio de flores.

No sabe qué hacer, es un gran reto, pero finalmente acepta.

Clara se convierte en una gran experta. Su empresa consigue las especies más raras y hermosas del país. En los boxes de oncología sus orquídeas consiguen muchas veces neutralizar las malas sensaciones.

Como todos los años Clara lleva a Miguel la suya; se lo hizo prometer, fue su manera de forzarla a vivir. Pero esta vez es especial.

-¡Hola Miguel! Por fin lo hemos conseguido. No estábamos locos. ¡Mira que bonita es! Se llama Alba y hoy cumple dos meses. Estás otra vez aquí.

MARÍA MOLINA VERA

EVOCANDO A FLORA....

Hoy más que nunca se sentía viejo y cansado. El viento se colaba por las rendijas de una forma inusual, moviendo con fuerza, las hojas de un calendario que no necesitaba mirar. Siempre había sido igual. Pero cada vez le costaba más, aceptar un destino para el que nadie le había preparado, sobre todo, porque en ese destino, ella nunca estaría.

El frío comenzaba a ser cada vez más intenso. La "cencellada" cubría todos los campos como un manto de armiño. Los copos de nieve comenzaban una vez más a caer, en una lenta pero constante procesión, mientras el silencio era la única nota de aquella lúgubre, triste y sombría escala musical. El frío era ya cortante y doloroso, para quién pudiera sentirlo.... pero no para él. La naturaleza, no podía ensañarse ni con su cuerpo, ni con su alma... uno; no lo sentía y la otra la había perdido hacía ya tiempo.

No; no podían, porque la aridez, la dureza y la frialdad eran parte de su esencia. Pero su resistencia y solidez, cedían ante sensaciones tan desconocidas hace tiempo, como viejas amigas ahora. El viejo calendario, cedió ante los embistes furiosos de un viento amigo, que parecía querer congraciarse con su dolor. Sus hojas volaron y salieron esparcidas, en una loca carrera hacia la libertad. Una "libertad" a la que él nunca podría acceder, porque su ciclo vital le mandaba una y otra vez, cumplir una misión que se perdía en la noche de los tiempos. Pensó en ella, y a su mente acudieron viejos recuerdos, que le hablaban de sueños imposibles y de amores no compartidos. Sabía que nunca podría expresarle sus sentimientos; de hecho, estaban condenados a no encontrarse jamás. Su amor era, por definición, la imposibilidad de los contrarios, lo inalcanzable por naturaleza, y lo irrealizable por esencia.

Faltaban pocas horas para que se cerrase su ciclo y comenzase el de ella. Un ciclo lento, doloroso y continuo, que cada año le recordaba de manera cruel, que tenía que morir, para que ella renaciese, en un eterno retorno .

Sí, porque su final era el principio de Flora. El inicio de la luz, de los días claros, del canto de los pájaros y del despertar de las flores. Del estallido en suma de la naturaleza. Una orgía de sensaciones, en la que ella brillaba con luz propia siendo la reina absoluta. En ese mismo momento, él, iniciaba su destierro hacia la oscuridad y las tinieblas. Hibernando en un sueño, que le permitía seguir añorándola en la distancia, los doscientos setenta y cinco días que todavía tenían que pasar hasta su fugaz encuentro...

LAURA PUYALÓN BARRAO

CRÓNICA DE UN ALBUR

Sus miradas surgieron de las paredes desconchadas del consultorio médico. Se cruzaron a la altura del bolsillo izquierdo de la bata arguellada de una ATS clónica de Lili Monster.

-Hola me llamo Cronopio y no busco la fama. Soy mimo de profesión, e “inventador de vidas” a ratos perdidos... tal vez haya pasado por mi despacho, acostumbro a instalarlo en el Paseo.

-Salgo poco de casa, me llamo Eréndira.

-La notaba yo algo cándida...

-Soy pensionista, cobro una invalidez, cosa cardíaca... me trataban de insuficiencia...

-Ya, y lo suyo era un claro caso de demasía amatoria. Se le nota a usted en el cutis.

-Hago punto de arroz. Mi vida son los gatos y las natillas de coco y los domingos...

-¿No me diga que usted los domingos..?

-¡Claro, compro la prensa! ¡Trae tanto clasificado por palabras..!

-Y adivina usted la historia que llevan dentro ¿no es cierto?

-Más que eso la vivo. He sido ya vecina de todos los barrios de esta ciudad en venta y, en verano, tomo el sol por las mañanas en la terraza de un apartamento, primera línea de playa y por las noches, me acurruco a dormir con una manta en la buhardilla de un refugio de montaña.

-¡Es usted afortunada!

-Lo peor fue el día que no supe como hacer que una mula mecánica arreglase el “impecable estado” de un John Deere.

-Retos de la técnica.

-No se ría, pero una noche, llegué a mojar la sábana...

-¡Mucho anuncio de cubano sabrosón!

-¡Caballero, por Dios! ¡Llorando la angustia de un gambiano con familia buscando empleo!

Cronopio entendió que jamás había podido inventar una situación más perfecta que la que estaba viviendo.

-Le hago un trato, intente imaginarme.

-Ponga usted un anuncio.

-Lo haré si me deja inventarle una vida.

-No anuncie un piso alto, padezco vértigo.

-No vuelva usted al cardiólogo. Hay que seguir queriendo a borbotones.

ELENA PÉREZ NICANOR

A MI COJITA @ HOTMAIL.COM

-Uff, perdona el retraso, Rebeca, esta mañana voy como una moto.

-No pasa nada, mujer, para eso estamos las amigas, por cierto ¿para qué me has citado con tanta urgencia?

-Es que llevo un mes que vivo sin vivir en mí, te cuento: tal día como hoy del mes pasado recibí un e-mail que textualmente decía:

"Te quiero a pesar de tu cojera" y lo enviaba un tal Mario Cervera @ etc., etc... .

-¿Y quién es ese?-preguntó Rebeca. - ¡Y yo que sé!

Mariló se pidió un bitter y se encendió un cigarrillo, aspiró profundamente y se relajó en la silla de la cafetería.

-Casi todos los días recibo correos suyos, espera, espera que te enseñe, me los he imprimido para enseñártelos:

Del 10: " te quiero a pesar de tu cojera".

Del 17: " te amaré aunque la falda te cuelgue más por la izquierda". Del 22: " contigo bailar el twist será como tocar el cielo. Del 27: "A mi cajita con todo mi amor".

-¿Tú ves Rebeca? Y el caso es que estoy mirando el correo a todas horas, busco sus mensajes desafortunadamente, he visitado a un traumatólogo amigo y me ha dicho que sí, que tengo cojera pero mental, y lo peor de todo, Rebe, es que creo que me he enamorado.

-¿Queeeeeeeé? Pero, Mariló ¿de quién? No ves que no sabes ni quien es y encima te ve coja, igual es un sádico o un tarado mental.

-Rebe, he decidido que hoy voy a contestar a sus correos. -¡Mariló que te conozco!

A la hora y media de una conversación llena de nervios y humo se despidieron, quedaron en llamarse ante cualquier novedad.

Pasaron diez días y una mañana sonó el teléfono en casa de Rebeca. -¿Si?

-Hola Rebe soy Mariló, te llamo para decirte que me caso a finales de mes.

-¿Queeeeé, cómo, con quien?

-Con Mario, el ciego del kiosco de mi calle, bueno en realidad no es ciego es tuerto; bueno, tampoco es tuerto tiene una intermitencia extraña en los ojos y por eso me ve coja, cuando me pilla con el ojo derecho me ve la mitad y cuando toca el izquierdo ve la otra mitad así que me ve bamboleante como un yo-yo.

¡¡Ay, Rebe, le quiero, le quiero, le quiero!! Es el amor de mi vida y ayer decidí que voy a ser coja por amor, por amor a un hombre que me ha descubierto que la vida puede ser preciosa aunque sea a saltitos y viendo solo la mitad. ¿A que es maravilloso?

Rebeca no contestó, estaba larga en el suelo intentado recuperar el sentido.

... y con el tiempo entendió que el amor es ciego, tuerto y por qué no, intermitente.

M^a CARMEN GUILLÉN SALETE

EL CHINO

Yo siempre había pensado que la luna giraba. Cuando me dijeron que no, que siempre veíamos la misma cara, no lo podía creer. Era un domingo en una cafetería de barrio. Estaba con los colegas de toda la vida y de repente, como una bomba, José soltó la noticia. Por mi cabeza pasaron imágenes, preguntas, sentimientos...

No dije nada. Mi orgullo no me permitió preguntarle a mis amigos el por qué, o el cómo, o la razón de esa barbaridad cósmica. Además, ¿era cierto?, ¿quién lo había descubierto?, ¿cuándo? Lo primero, era buscar información fiable sobre la luna (nunca supe si la Luna va con mayúscula o con minúscula).

Mientras volvía para casa, imaginé aquella bola pedregosa con una cara de luz y por la otra de sombra, oscura y recóndita. No sé por qué, pero pensé en un chino, uno de esos chinos caricaturizados. Y la parte que veíamos era su cara, amarilla y redonda, sonriente y feliz; y la parte oculta, era su pelo liso y lacio, negro azabache, sin una sola imperfección. Solo me permití el lujo de ponerle una pequeña coetilla.

El caso es que el chino caricaturizado era una buena respuesta. ¿Para qué iba a dar la vuelta si no podía ver más que con el lado luminoso y resplandeciente? Esa era la razón de que no girase, su curiosidad, sus ganas de saber, o de cotillear, o de distraerse. Imaginé su vida mirando continuamente hacia la infinita negrura del espacio... Una insoportable insatisfacción, pensé.

Así que imaginé al Chino como algo más. El Chino, obviamente, no podía ser un mero trozo de piedra flotando alrededor nuestro. El Chino era alguien importante. Seguro que había influido en el curso de la historia muchas veces: en batallas de tiranos contra hombres buenos, en el descubrimiento de alguna maravilla, o en salvar a algún marino extraviado en mitad de los mares.

El Chino lanza sus mágicas varas de luz mortecina y gelatinosa por mitad de la tierra, mientras el Sol (¿o el sol?) las derrite al alba. El sol es un mezquino personaje de la vida diaria mientras que el Chino es todo lo contrario. El Sol, con sus rayos de carnosa luz y calor de hierro fundido, nos hace trabajar; hace que los despertadores suenen obsesos cuando llegan las siete de la mañana; hace salir los coches a la calle, con su ruido, sus cláxones de terciopelo rasgado y sus tubos de escape marchitos; el sol hace que no puedas ir a un bar a beber cerveza por la mañana con los amigos. El Sol es el malo de la película. El malo y, por ende, el fuerte, el villano tosco e inepto.

Pero el Chino, la luciérnaga nocturna, es completamente distinto. El Chino es permisivo, es casi un amigo al que no conoces pero que te ayuda, te hace favores y brinda contigo desde la lejanía (como hacen los rusos en nochevieja). Abren los bares y él se cuelga por las rendijas, dando esos tonos poéticos, como un velo transparente. Y puedes reír a carcajada, y gritar tonterías y mirar la tele sin preocupaciones. Cuando el Chino sale hay muchas menos reglas. Con él es más fácil ligar con una chiquilla. No hay que trabajar. No hay coches que se entrometan por entre tus pasos, ni humos, ni pitos. Por eso, cuando llegué a casa, ni se me ocurrió buscar información. Salí al balcón, encendí un cigarro, y me senté mirando hacia la calle. Cuando llegaron los bostezos, me tumbé en la cama. Mientras se me cerraban los párpados, contemplé a mi nuevo amigo, que se colaba por la ventana. Sonreía. Me dormí pensando que a la mañana siguiente, el Chino, estaría en la habitación con una taza de té humeante, esperando a que despertase.

ALEJANDRO HERNÁNDEZ LÓPEZ

LA NOCHE

La noche es especial. Tiene un no se qué, que nos predispone para el amor, mostrar la desnudez de nuestro verdadero yo. Compartir secretos, fraguar conspiraciones, huir de nuestros días. Su quietud nos deja oír el silencio. Sacar de nuestros adentros confesiones que el día, con su descarada luz, nos impide hacerlo. Dejar al descubierto la soledad que sentimos. La noche se alía con la oscuridad para ayudar lo furtivo, y sobre todo, es misteriosa como la luna y se adorna con la belleza de las estrellas.

El hombre de mi vida vino una noche de primavera. Se marchó huyendo una noche otoñal. Lo recuperé en una noche de verano, definitivamente lo perdí en la fría soledad de una noche invernal. Él siempre acudía a mí en la noche, cuando la oscuridad se había adueñado de todo y se había instalado en el firmamento como una reina. Me saciaba de mis carencias diurnas. Deseaba que cuando llegase la noche, la Tierra tuviera el capricho de descansar de su continuo rotar, o mejor aún, perdiera su memoria y se quedase quieta tratando de recordar donde la había dejado y así el tiempo detenido, disfrutar del amor que fluye sin prisa ni medida.

CARMEN SÁNCHEZ-PASTOR

LAS OBSESIONES DE MARCELO

Marcelo estaba obsesionado: después de muchos años dedicados al trabajo, había llegado la hora de su jubilación. Al principio lo aceptó con entusiasmo; siempre había entendido que jubilación derivaba de la palabra júbilo, alegría, pero unos meses después de haber celebrado el evento con la familia y con los amigos, conforme la placa conmemorativa de aquella efemérides se estaba cubriendo de polvo en una estantería del salón, su moral iba decreciendo hasta el punto correr el riesgo de caer en una honda depresión.

El dinamismo que había desarrollado durante su vida laboral, no era compatible con la inactividad a la que ahora se veía condenado. Aunque respetaba todas las opiniones y no juzgaba a nadie, no era de aquellas personas que sólo se dedicaban a tomar el sol a pasar la vida en el café bebiendo o jugando a las cartas.

Marcelo amaba la vida. La actividad laboral y doméstica le había convertido en un espíritu inquieto, por eso no se resignaba a la rutina. Toda su existencia había sido un reto, un afán de superación en sus actividades tanto laborales como familiares o lúdicas.

Al principio se dedicó a adquirir y a leer aquellos libros que siempre deseó, y encontró mucha satisfacción al hacerlo. A él le gustaba sumergirse en la lectura, viajar por los lugares imaginarios o vivir las rocambolescas aventuras que narraban los autores. En alguna ocasión había escuchado que, a quien le gusta la lectura nunca se encontraría solo; y era cierto pero, conforme pasaban los días, iba perdiendo interés incluso por aquella actividad.

Siempre pensó que, al dedicar menos tiempo al trabajo, los días serían más largos, pero los veía transcurrir con ese ritmo inexorable y frenético en el que no hay vuelta. Si pudiera dar marcha atrás al reloj del tiempo... pero no había marcha atrás.

Había leído que algunas personas, entre otras el más célebre creador de dibujos animados, así como un famoso actor y cantante de Las Vegas, se habían sometido a un proceso de hibernación para ser reanimados muchos años después. También había escuchado en el monasterio de Leyre que el santo abad Virila, oyendo cantar a un ruiseñor mientras leía su libro de rezos en el monte cercano, atendiendo Dios a sus deseos, desapareció para volver a aparecer después de trescientos años. Pero aquello era una utopía y él no creía en esas cosas.

Cuando más cerca estaba de caer en el desánimo, cuando había perdido la ilusión por muchas cosas, cuando creyó que su existencia apenas tenía objeto, le llegó una feliz noticia que acabaría con la rutina devolviéndole de nuevo la ilusión y la esperanza:

¡lba a tener un nieto...!

PEDRO FEBREL VALTUEÑA

EN TINTA AZUL IMPRESA

Un día... Era el año 1982, Pascual se despidió de su hermana, de Manuel, su cuñado y feliz como la mar, se fue a ver los mundiales de fútbol a Zaragoza. Gritó como un loco. Comió de tapeo. Paseó por la calle Alfonso. ¡Aquel día...! Recuerda, pronto hará un año, descubrió una calle estrecha y profunda como un desfiladero. Echó a andar, llegó hasta una tienda pequeña, de escaparate minúsculo y un letrero: *Objetos bélicos y curiosos*. Los artículos estaban relacionados con temas militares: cascos italianos, alemanes, uniformes, medallas, cartillas de racionamiento y dinero de la República, fotos, documentos, cartas, postales... Miró las fotos viejas, los sobres arrugados, las risas tímidas, las direcciones extraviadas... De pronto se le fue el mundo: en uno de los sobres vio escrito el nombre de su hermana. Compró la carta y le avergonzó que alguien pudiese vender algo tan íntimo. Cuando la tuvo en sus manos le pareció que transgredía un precepto y todavía hoy le aterra que alguien más la hubiese visto. Se encaminó al hotel con las tripas corridas, se le antojó que el tiempo era apenas un esbozo, que estaba quieto, contaba los segundos con sus pasos, de trecho en trecho. La luna llena, esa luna que, sentado a la puerta de su casa se entretenía en buscarle los ojos y la boca, hoy le molesta. Nada más entrar en la habitación, abre la carta, lee, la mira largamente hasta que las palabras se vuelven borrosas: *Abril de 1939. La guerra terminó, me voy a Madrid con otra mujer, ya no volveré al pueblo. Manuel*. Se le quedó la cara sin color, su corazón se paró unos segundos. Titubeó... "¡Sería mejor romperla aquí mismo!", los ojos torcidos.

Las campanadas de la iglesia despiertan al pueblo de su siesta, las casas acaballadas unas sobre otras reviven. Pascual mira la calle, el cielo, las nubes. Ve a su hermana, zurciendo, reflejada en la ventana. "¡Qué le llevaría a este hombre a Madrid, Pascual! A la Ciudad Universitaria, llena de minas". Lluve. ¡Qué difícil reprimirse! Le viene a la boca el sabor a tierra mojada. Llega Juana, joven, fuerte. "¡Vamos Ramona, levanta ya, son las cinco, hay que darle la vuelta y lavarlos. ¡Ay Dios qué pena! Se te llevan al marido sano y lo devuelven tullido, ni muerto ni vivo!" A Pascual se le tuerce la boca, se le hunde el alma, ve cómo se empañan los cristales y cómo de las hojas cae la lluvia.

CARLOS ESTEBAN CONTINENTE

LA ESTIMULANTE ALTERNATIVA A LA DESCONSIDERADA SULFAMIDA

¿Adónde va doctor? ¡Nos traen un herido de tráfico, le falta una pierna! Nada, así no hay manera, ¡hoy no acabamos! -Oyó que, detrás suyo, le reprochaba la enfermera jefe. El doctor Blas no se dio por aludido, no movió ni una sola fibra contráctil. Continuó como si no hubiese oído el comentario, su caminar se hizo, si cabe, aún más calmado. Se paró delante de la máquina de salchichas, abrió limpiamente una, le conectó una electroválvula y se la comió, sintió la explosión de los electrodos y los iones positivos. Paseó la vista por encima de los ciento y pico que esperaban, hasta el final, justo hasta la ventanilla de admisión, donde sabía que estaba sentada Marisa, absorta; al momento, reposó la mirada un instante sobre su pelo, y aunque Blas se encontraba lejos, apreció sus mechones de plata. Una vez concluida su inspección ocular, muy tranquilo, parsimonioso el paso, perezoso el andar, avanzó por el pasillo. Apenas se había aventurado unos metros, cuando le alcanzó, todavía dulce y melodiosa, la voz de Marisa que, como si tuviera ojos telescópicos le gritó: "¡Doctor, le quedan ciento cincuenta para hoy!", Blas no respondió. Nada, ni caso. Su situación no variaba, él no recibía estímulos ni novedad alguna que alterase, aunque fuera levemente, los latidos de su corazón; parecía olvidado. El doctor Blas se decidió, bajó por una escalera estrecha, atravesó corredores laberínticos de largos vericuetos, se alejó. Conocía el camino de memoria; llegó a su destino y se internó, despacio, por la morgue. Tenía los cinco sentidos alerta, canturreaba para insuflarse ánimo; tarareando, avanzaba sobre las baldosas ocres, la cabeza gacha, pisando con cuidado de que ningún ruido lo pudiese delatar, arrancando, aquí una etiqueta, más allá otra, del dedo gordo de los muertos y las tiraba por encima del hombro, sentía, en ese gesto, cómo corría su sangre, cómo le faltaba la respiración, cuando... de pronto. "¡Hostia!", no lo había visto, eso era lo que más le excitaba. Ahí mismo vio alzarse al forense, como un fantasma. "Otra vez el idiota ese", -oyó a su espalda, a la vez que huía, su atronadora voz. Se le erizó el pelo, miró hacia atrás, no lo seguía, aún tuvo tiempo de arrancar otra etiqueta mientras ganaba la puerta y corría acalorado por la tensión "19-9", camino del quirófano de urgencias, a reimplantar una pierna, o un brazo, o el bazo, o colocar una tirita de color carne.

FRANCISCA GONZÁLEZ VICENTE

LA MÁSCARA.

Bobby había quedado con Jim en la cafetería de la plaza. Llevaba dando vueltas a su cabeza desde que había leído la noticia en el periódico: la exposición de los faraones en Madrid, “la máscara funeraria de oro,” le quitaba el sueño. Jim apareció en ese momento y se sentó: - ¿Qué ocurre?-, le inquirió. Bobby le enseñó el periódico. - Tenemos la oportunidad de nuestra vida.

-¿Qué estás tramando? Te conozco y se lo que estás pensando, me das miedo. - ¿Te acuerdas de Raúl, el chico que conocimos en Irlanda?, le llamé por teléfono, comenté con él el asunto y le pareció perfecto. Jim estaba cada vez más intrigado pero le dejaba hablar, quería enterarse bien del proyecto.- He pensado robar la máscara- dijo Bobby. Jim se quedó blanco, no podía articular palabra. -¿Te has vuelto loco Bobby? ¡No puede ser! ¡Es imposible!

-Lo tengo todo preparado, Raúl será nuestro apoyo en Madrid, me ha dicho que está a punto de ser clausurada la exposición, ¡No tenemos tiempo que perder!

-No cuentes conmigo le -dijo Jim-, respeto mucho todo lo referente a Egipto, hay maldiciones que se cumplen -sentenció. Se despidieron con un abrazo deseándose mucha suerte.

El sábado por la tarde, a última hora se escondieron en la galería. Aguardarían allí hasta que apagaran las luces y cerraran. A las doce de la noche se dispusieron a salir de su escondite. Comenzaron a cortar el cristal y de los ojos de la máscara salieron unos rayos rojos que los cegaban, se iluminó la estancia y un ardiente calor los envolvió.

El domingo, cuando se abrió el recinto, delante de la urna de la máscara había dos montones de ceniza y una mochila. Nadie supuso lo que había ocurrido. Fue un misterio.

En el bar de la plaza de aquella ciudad, Jim leía el periódico y supo entonces que uno de los montones de ceniza encontrado en el museo era el loco de su amigo Bobby.

MANUELA ANSÓN GÓMEZ

LA DECISIÓN

La voz, intencionadamente distorsionada, sonó a través de la línea telefónica. La operadora del Gabinete de Presidencia del Gobierno escuchó, muda, y salió a toda prisa hacia el despacho del ministro.

—Han secuestrado al hijo del Presidente. Acaban de llamar los secuestradores —informó con voz trémula. La secretaria del ministro la miró sin comprender nada. El niño iba permanentemente acompañado de dos escoltas, y se extremaba la vigilancia cuando entraba y salía del colegio—. Exigen la libertad de los terroristas que fueron condenados la semana pasada. Nos dan 48 horas. En caso de no acceder, ejecutarán al niño. Han dicho eso, que lo *ejecutarán* —continuó la operadora, intentando transmitir la intensa desazón del momento.

El Presidente estaba de visita oficial en un país asiático. El avión presidencial lo trajo a la capital pasada la medianoche. Se dirigió a su residencia y convocó a su gabinete de crisis. Ordenó que se verificara la autenticidad de la llamada. Esta vez la extorsión exigía una víctima inesperada, su propio hijo. Quiso saber cómo se había producido el secuestro, encargó localizar inmediatamente a los escoltas. Bramó. Maldijo. Solicitó que le trajeran el expediente de los terroristas condenados, los que podían salvar la vida de su hijo. Sus delitos eran muy graves. Habían sido sentenciados a miles de años de cárcel por provocar la explosión de un coche-bomba en las inmediaciones de un cuartel. Murieron doce personas; cuatro de ellas eran viandantes que pasaban por las inmediaciones. Entre los muertos había un niño, más o menos de la edad de su hijo.

El Presidente y el gabinete estuvieron reunidos ininterrumpidamente. No se avanzaba en la toma de una decisión. El tiempo volaba. Pasó el primer día del plazo sin que se hubiera resuelto el escalofriante dilema. Ya avanzada la noche del segundo día, se recibió una llamada que la operadora consideró muy importante y solicitó hablar con el Presidente. El comunicante era el padre del joven concejal de aquel pequeño pueblo costero. Los terroristas lo habían secuestrado hacía tres meses y lo habían asesinado dos días más tarde. Ambos hombres hablaron durante largo tiempo. Los miembros de gabinete esperaban impacientes, nerviosos. Alguno pensó que quizá ya se había consumado la amenaza. El Presidente regresó a la sala. Sabía que una decisión se tomaba casi siempre bajo el poderoso influjo de las emociones sobre los razonamientos. —Acabo de tomar una decisión y quisiera que la considerásemos; nuestra decisión, la de todos los que estamos aquí ahora —anunció con semblante sereno.

El añil del cielo anunciaba el alba de un nuevo día. Un día extraordinario. Hombres y mujeres abandonaron la sala en silencio. Habían tomado la decisión. Un tropel de dudas asediaba sus atribuladas mentes. Sabían que convivirían con ellas durante largo tiempo. Quizás toda su vida.

JOSÉ IGNACIO DEL DIEGO LAJUSTICIA

AUN EN UN SUEÑO

Hoy he soñado contigo. Bailábamos el vals que tanto te gustaba, “que será, será...” Tú me cogías de la cintura con fuerza como si tuvieras miedo a que me escapara. Yo me apoyaba en tu hombro, a ese hombro que tantas veces soportó mis lloros y mis miedos. Con tu otra mano me apoyabas la mía, sí esa mano curtida por el trabajo en el campo y tan llena de vida que tantas veces me la habías tendido cuando necesitaba ayuda o me sentía sola. Pude sentir el calor que me daba el tacto de tu piel.

Con el son de la música pusiste tu mejilla en la mía y pude oler tu “after shave de Massimo Dutti”, el que yo te regalé en tu último cumpleaños. Me sonreíste con esa sonrisa de “pícaro” que tanto te caracterizaba.

Cesó la música y te dije: “Gracias por bailar conmigo” y te di un abrazo muy fuerte, como siempre te lo daba y te decía: “te quiero mucho”. Tú me devolviste el abrazo con más fuerza y me decías al oído: “yo también”.

Pero de repente tu cara palideció, cerraste los ojos y caíste al suelo. Todas las personas que estaban a nuestro alrededor corrieron a ti. Yo me quedé quieta, el aire no me llegaba a los pulmones y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sabía lo que pasaba, te volvías a morir. Tuve el mismo dolor en mi corazón, la misma impotencia, la misma amargura, la misma soledad, el mismo vacío, como cuando te fuiste en la realidad.

Pero aun en un sueño pude sentir la energía que me transmitías en tu abrazo, la fuerza y el calor que me dabas con tus manos y el aroma inconfundible de tu colonia.

Y eso es lo que me queda, aun en un sueño.

MARIBEL GIRAL ARCAS (MIGA)
A MI PADRE

A ORILLAS DEL HUERVA

Era una apacible y tranquila noche de verano, los grillos cantaban sin parar en las orillas del río Huerva. Pedro había acudido como otras muchas noches a regar su pequeño huerto. De pronto oyó un ruido extraño y vio un fuerte resplandor que se acercaba hacia él. Entre el resplandor se divisaba una figura extraña, grande y luminosa. Pedro se quedó petrificado, no hubiera podido articular palabra ni efectuar ningún movimiento, claro que tampoco le fue necesario, porque aquella extraña figura le causaba respeto y también, como no, cierto temor. Pero al mismo tiempo le aportaba serenidad. Aquello... lo que fuera, no parecía tener intención de hacerle nada malo. Simplemente, parecía estar haciendo lo mismo que él, observarle.

Después del sobresalto de la primera impresión, Pedro pudo fijarse más en su extraño acompañante, era muy alto, como de unos dos metros, tenía manos y pies grandes y movía la boca continuamente, aunque no emitió ningún sonido, o al menos, Pedro no lo oyó. Un halo luminoso cubría su cabeza y con él iluminaba ampliamente el camino que recorría. En el pequeño huerto de Pedro, era como si de repente se hubiese hecho de día.

El tío Pedro al fin, cogió su azada y continuó su trabajo como si no pasara nada, mientras la misteriosa figura lo vigilaba, movía los ojos y la boca y hacía gestos con su cuerpo.

Pasó el tiempo, de pronto aquel gigante luminoso empezó a moverse, se dio la vuelta y desapareció atravesando la montaña tan sigilosamente como había venido.

Cuando Pedro hubo terminado la faena y regresó a su casa contó a su mujer y a sus hijos lo que había visto. Éstos no dudaron de su palabra pues aunque Pedro era ya algo mayor, siempre había sido un hombre sensato y estaba en plenas facultades físicas y mentales. La familia se lo comunicó al alcalde, el cual llamó a un periódico y en poco tiempo se presentaron unos redactores queriendo entrevistar al famoso "Tío Pedro" el cual no tuvo ningún inconveniente en contarles el extraño suceso de aquella noche. Pronto la noticia salió en los medios de comunicación.

Para los vecinos de este pequeño pueblo de Vistabella, a orillas del Huerva, esta extraña noche del tío Pedro no ha cambiado en nada sus vidas. ¿Estarán seres de otros planetas dando tranquilos paseos bajo la luz de la luna y las estrellas las noches de verano? ¿Jugaría la cabeza un espectáculo grotesco al tío Pedro?

NIEVES HERNANDO PÉREZ

En Zaragoza a 29 de febrero de 2008 y reunido el Jurado del 3º Concurso de Relatos “LO BUENO SI BREVE....” compuesto por:

- Juan Villalba Martín Delegado General de los alumnos/as de U.P.
- Rosa Sanchez Esteban en representación de la Asociación de Alumnos y Exalumnos de la U.P.
- María Teresa Sau Gil Profesora de la U.P.
- Ana Isabel Huguet Arnaiz Profesora de la U.P.
- Alonso Cordel Escritor

Reunidos en sesión deliberatoria de dicho concurso ACUERDAN:

- a) SELECCIONAR para su posible publicación los relatos nºs 10- (71), 26-(87), 2-(63), 3-(64), 49-(112), 6-(67), 8-(69), 24-(85), 25-(86), 30-(93), 31-(94), 33-(96), 43-(106), 37-(100), 22-(83) y 40-(103)
- b) CONCEDER EL 1º PREMIO al nº 49-(112), titulado “EL DURO DE PLATA”, EL 2º PREMIO al nº 40-(103), titulado “LA CAJA X-07” y por ACCÉSIT al nº 3-(64), titulado “EL SILENCIO”

Y siendo las 14,30 horas del día 29 de febrero de 2008, se levanta la sesión.

Esta publicación se terminó de imprimir en Zaragoza, en el mes de mayo del año 2008.